

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon... 15 reales.
Por seis id... 28 »
Por un año... 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
ULTRAMAR.—Un año... 6 pesos.

Se publica dos veces a la semana, jueves y domingos

Administración y Redacción, Huertes, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

El espectáculo de más interés acaba por fatigar la atención del público cuando con exceso se prolonga: no tengo para qué decir si los sucesos del exterior son ya monótonos: aquí guerra; allí guerra; guerra por acá; guerra por acullá: hoy un combate sangriento, mañana un sangriento combate, y cañones tomados, y muertos y heridos, y lo mismo siempre; esto molesta el ánimo, que justamente en la variedad halla uno de sus goces más predilectos.

En los primeros momentos seguíamos todos con avidez los preliminares de la función que se preparaba: publicáronse planos numerosos del teatro de la guerra, ó, si se quiere, del circo en que, al parecer de todos, se verificaría esa lucha de fieras: las naciones civilizadas apresuráronse á elegir asientos desde los cuales no perdiesen la más insignificante circunstancia ni el pormenor menos curioso, y cada cual se prometía ya dulces, ya violentas emociones, ocasionadas por las alternativas y los variados accidentes del combate.

¡Ilusiones engañosas! Ni peripecias, ni alternativas, ni ansiedades: nada de eso hubo. Desde los primeros sucesos el resultado pudo conocerse, y, en efecto, se conoció; desde entonces, cada nuevo hecho de armas era una victoria nueva para los ejércitos prusianos.

Y para ver esto; para no disfrutar del placer indecible de las oscilaciones del éxito; para no ver en una ocasión al rey Guillermo próximo al abismo, y en otro caso tambaleándose el trono de Napoleón; para no presenciar desastres equitativamente repartidos entre ambos contendientes, ¿hacernos concebir esperanzas tan halagüeñas? Esto no tiene nombre, y bien podemos y con razón sobrada llamarnos á engaño los que, abandonando asuntos que nos tocaban más de cerca, nos hemos asomado con curiosidad infantil al balcón del Pirineo para saber lo que en Europa sucedía.

Y ¿qué ha sucedido? Lo natural; en tanto que, embobados nosotros con los hechos de armas de nuestros vecinos, seguíamos con la vista sus desventuras, se nos entran bonitamente los carlistas para darnos dentro de casa la parodia del drama que tanto interés nos inspiraba fuera de ella.

Olózaga nada había visto, ni era posible que viese cosa alguna, ocupado como se hallaba en escribir las crónicas de las sesiones celebradas en el Cuerpo legislativo: el gobierno francés nada pudo impedir, porque dirá él para su capote, si es que le tiene todavía: «¿Qué tengo yo que ver con los asuntos de España? Váyase la Península al diablo, que hartó me dan que hacer mis negocios.» No sería razonable verdaderamente exigir de la vecina Francia una atención y un cuidado por nuestros intereses que nosotros mismos estamos lejos de manifestar.

Y á pesar de todo, ni en Francia, ni aquí, ni aun en Portugal, donde parece como que han pretendido hacer una contrarrevolución—si así puede decirse—salimos de esa languidez, de esa uniformidad que cansa; los prusianos, vencedores siempre, se hacen ya pesados: nuestros carlistas huyendo todos los días no excitan la curiosidad.

Motivos hay para sospechar que Dios ha concebido un capricho divino, el de probar la paciencia de sus hijos más humildes y por consecuencia más amados; sabido es que con los carlistas—que son muy previsores—se han lanzado al campo varios individuos del respetable clero: ministros de Dios como todos creemos y confesamos, y representaciones variadas de las excelencias de la Divinidad. Imposible parece, pues, que con tal ayuda, agregada á los fervientes votos de algunos otros que elevan diarias preces al Altísimo por el triunfo de la buena causa, solo hayan conseguido los gloriosos laureles de la derrota y de la fuga, alcanzando cuando más el envidiable resultado de hacernos reír.

Es cierto que si á cosas extraordinarias vamos, los triunfos de una nación protestante, como Prusia, sobre una nación católica, como Francia, dan también mucho en qué entender. Ya sé yo que entre Dios y Napoleón III hubo algunos dimes y diretes sobre la ocupación de Roma; comprendo que sus relaciones amistosas se enfriaron, pero francamente, nunca supuse que el Dador llevase su enojo hasta el extremo de proteger á un pícaro sectario de la Reforma contra un amigo: «¿Tantene animis caelestibus ire?»

Bien que—calle Vd.—acaso, acaso haya ocurrido otra cosa. Como esos prusianos son tan intrigantes y al mismo tiempo tan reservados, es posible que,—cogiéndonos las vueltas á nosotros, católicos inocentes y de buena fé,—hayan enviado á la corte celestial un ministro plenipotenciario con amplios poderes para arreglar las pequeñas diferencias que entre los alemanes y los habitantes del cielo pudiera haber. ¡Toma! Y son muy capaces de no habar dado principio á la guerra hasta que hayan tenido firmado y sellado un tratado de alianza ofensiva y defensiva con los ejércitos de ángeles, arcángeles y serafines.

Vea Vd. si no cómo callaron lo de las ametralladoras, y sin embargo las tenían: pues lo mismo ha sucedido con esto; contaban con el auxilio poderoso de la Providencia y callaban como unos muertos, hasta que por los resultados hemos venido, todos los que reflexionamos un poco, en conocimiento de lo que había. No, y por otra parte el rey Guillermo á nadie oculta la cooperación que Dios toma en sus victorias. Parte del rey de Prusia sin gracias á Dios, es casi tan peregrino como una sorpresa del ejército francés sin hulanos. Todo para tener contento al aliado; ¡si será adulador!

Así consigue lo que quiere con miserables zalameñas y bajas adulaciones.

¡Como que sin eso hubiera sido derrotado MacMahon! Y después—como si lo viera—apuesto á que los franceses todavía no han puesto aquella vela á la Virgen de las Misericordias.

¿Qué quieren Vds. qué suceda? Duelo y tristeza juntamente produce pensar en estas cosas.

A. Sanchez Perez.

NO HAY DICHA COMPLETA.

No, no la hay en este mundo; cada día me persuado más de ello, y la tristeza que esta consideración me causa, apesadumbra y enflaquece mi ánimo y cubre de mortal palidez mi semblante. ¡Oh! Yo acabaré por frecuentar asiduamente los templos, por comer salmon todos los viernes... y si el salmon no costase tan caro, y no tuviera yo que dedicar á trabajos materiales las horas que otros pasan adorando reliquias y oyendo las místicas pláticas de los cabecillas carlistas, hace tiempo que, sin más lectura que el Kempis, ni más teatro que la bóveda de San Ginés, habria dicho á ese mundo corrompido el adios postrero.

¡Oh, cuán vanas son las esperanzas de los mortales! Yo pensaba que cuando volvieran á levantarse partidas carlistas, á lo menos se pondrían á su frente quinientos presbíteros y uno que otro obispo, y hoy, en vista de la realidad, tengo que exclamar como la profana: «¡Ilusiones engañosas!»

Solo de dos sacerdotes del Dios de paz se asegura que han echado mano al trabuco en la ocasión presente, para dispararlo contra los liberales y demostrar después la presencia hipostática de los proyectiles en el cuerpo del enemigo; y de toda aquella chusma clerical que halagaba mis sueños, no me quedan más que mezquinos residuos.

Ni aun me atrevo á creer que el canónigo Manterola se encuentre en ninguna de las comitivas sublevadas, no porque no le considere unido en espíritu á los que miran como propiedad suya los 170 millones de reales anuales que el voto de las Cortes les asignó en el presupuesto de la esquilhada patria mía, sino porque le creo hombre de palabra, y personalmente me aseguró hace un año que no era de los que estaban por la guerra.

¡Dios de varios! ¡Qué inexcusables son vuestros designios! ¿Por qué ha de haber tan poquitos clérigos entre los pocos sublevados carlistas? ¿No son clérigos los que azuzan á la guerra desde la muerte del rey Fernando? ¿No son clérigos los más interesados en el monopolio exclusivo de la religion de Roma en España? ¿No son clérigos los que vociferan contra toda libertad? ¿No son los clérigos los que más deben temer del libre exámen, de la libertad en todas sus manifestaciones, del matrimonio civil, de la secularización de cementerios, de la propagación de todas las ideas modernas? ¿Pues por qué se sublevan tan pocos? ¡Ay! ¡Pocos me parecían á mí los doscientos del año pasado! ¡Quién me había de decir que hoy día tendría que contentarme con dos!

¡Por desengaños menos dolorosos se han metido otros á trapenses, y yo, más irresoluto que Saulo y que el hijo de la bienaventurada Mónica, permanezco aun en mis ilusiones demagógicas, y vivo sin coronilla, y visto de corto, y no renuncio á las mundanales patillas, y no tengo el aliento necesario para dar un empujoncillo á la entornada puerta de la eterna salvación.

Un leve soplo de la divina gracia bastaría para que me resolviese á cobrar los cien reales de entrada, aceptar la boina y el fusil liso, y salir cada verano por esos campos á dar vivas á D. Carlos, y con tres ó cuatro ejercicios semejantes tenía la seguridad de que el Pontífice me endilgara las órdenes necesarias

para que los liberales tuviesen obligación de mantenerme durante el resto de mi existencia.

Y sin embargo, mi pecho sigue endurecido como el de Faraon, y ni me sublevo por Carlos, ni canto misa, ni me preparo la menor cantidad de bienaventuranza.

¡Ah! No hay dicha completa.

Ya me gusta que el clérigo en general se someta á la infalibilidad pontificia y se niegue á jurar la Constitución; ya me complace que en todo propósito de tiranía intervenga el clero de mi patria; ya me consuela que á lo ménos fuese un sacerdote el que abusó de aquel millon y pico perdido para España; ya me alegra que sea clérigo también el detentador del dinero de las bulas; ya me hace que fuera miembro del clero el que, pistola en mano, embistió poco há á los que predicaban inermes en un pueblo de España; ya recuerdo con placer que fueron hombres del clero los que contribuyeron á extender la fama de las llagas milagrosas de sor Patrocinio; ya me da cierto contentamiento el recordar que sacerdote era el personaje de más viso en la corte de aquella reina que hubo de ser destronada al grito de «viva España con honra;» ya me siento algo recompensado al recordar que de sacerdotal carácter estaba revestido aquel profesor de un colegio de Madrid que no há mucho despertó la atención de mis compatriotas haciéndoles recordar el caso de los ángeles de Sodoma; ya me complace tener presente el lance que en 1855 ocurrió entre la cólerica moribunda y el hércules sacerdotal que, sin temor al contagio, quiso, con milagroso celo, endulzar la agonía de la doncella; sí: todo esto me consuela, complace, gusta, alegra y regocija; pero... no es bastante para colmar-me de dicha.

Más alta es mi ambición en este punto. Yo quisiera que por el lustre de la fé ó de cualquiera de sus sinónimos se lanzaran al campo todos los clérigos de España; yo quisiera que cada mes el gobierno de la revolución enviase á los campamentos carlistas el salario de los clérigos sublevados; quisiera yo que cada español tuviese que ir á comulgar y pagar la bula á la barricada carlista de su barrio; que en las acciones de guerra, así como se cogen boinas y cananas, se cogieran mitras y manipulos; que la lucha tuviese un carácter exterior tan clerical como lo tiene en su interior, y se declarase terminantemente que la democracia es incompatible con toda declaración dogmática de tejas arriba.

Es evidente que esto sería el triunfo de la impiedad; pero ese triunfo sería efímero; no duraría más que el breve tiempo que la precedera raza humana ha de ocupar el frágil globo que llamamos mundo; despues de lo cual ¡oh gozo!... despues de lo cual...

Yo no sé despues de esto lo que sucedería; pero no importa; sé que entonces habría alguna dicha cumplida en la tierra, y no tendríamos que pasar por el bochorno de ver una rebelion carlista con dos tristes clérigos.

*Última hora.* ¡Oh, qué rayo de esperanza!

¡Me dicen que son más de dos los curas sublevados y que hasta hay entre ellos un canónigo!

¿Será cierta ventura tanta? ¡Un canónigo ya por lo pronto!

No puedo proseguir... Hay alegrías que embargan los sentidos.

Roberto Robert.

## EN SECRETO.

Amigo *Gil Blas*: tú, que aprendiste discreción desde el día en que, llegado á Peñafior, se te comieron dos tortillas y una trucha, hasta que creíste prudentemente ser el padre de los hijos que el cielo te concedía; tú, *Gil Blas*, que aprendiste lo que son cosas de gobierno, andando entre los Lermas y Olivares; tú, que meditaste preso en la torre de Segovia, que experimentaste las humillaciones del que sirve, y presenciaste los errores y el desvanecimiento del que manda; tú, *Gil Blas* amigo, por los siete años de buena y leal amistad que nos une, te lo ruego, llégate al jefe del gabinete, cógele á solas, acerca los labios á su oído y dile que...

«¡Dile que!...»

Esto es de *La Gran Duquesa*, zarzuela bufa.

No importa: esto no ha de ser inconveniente para que prosiga. Si examinamos los documentos oficiales, desde el Manifiesto de conciliación hasta el último número de los periódicos unionistas, encontramos

acaso un párrafo que no esté tomado de *La Pata de Cabra*, del *Francifredo*, ó de otra producción semejante?

Aun esa alusión zarzulesca puede inspirarte, amigo *Gil Blas*, el tono que haya de convenir mejor al desempeño del obsequio que te solicito.

Yo prosigo.

Dile que...

Ante todo hazle notar la fecha en que vivimos y el tiempo que ha trascurrido desde la revolución de setiembre de 1868, y despues dile que...

Pero con algun rodeo; por medio de parábola ó alegoría: no vayas á llamarle veleidoso, ni tornadizo, ni cosa semejante; pero dale á entender con tu superior ingenio que Luis Bonaparte, á fuerza de querer pasar por el destructor del socialismo y á fuerza de empeñarse en ser emperador socialista; á fuerza de ofrecer paz y dar guerra; á fuerza de abusar de la tiranía personal é invocar los principios del 93, se ha quedado sin prestigio, sin partido, sin esperanza, sin respeto, sin compasión.

Y dile que eso le sucede aun llamándose Napoleón, y échale una sutil indirecta sobre lo que le sucedería si fuese solo presidente de una situación tricolor y no se llamase más que Juan.

Dile (pero muy bajito), dile que los plazos dados al clero para que jure son de tan mal consejo como lo fué el juramento mismo, y que si se figura que con esto ha de lograr que el clero español deje de ser en su inmensa mayoría deslenguado, ignorante, rutinario, y desconocedor de su origen y oficio, vive en un error igualito al de aquellos desdichados que inventaron la infalibilidad pontificia.

Dile que es muy público en España lo que pasó en el seno de la comisión de la Cámara al discutirse la Constitución democrática, y que por lo mismo es inútil que trate de ganar confianza mientras dé gran participación en el poder á los que desde el poder mismo se jactan de haber aceptado por fuerza los derechos individuales.

Dile que aquella especie de proclama que hizo en la Cámara el 19 de Marzo fué, en verdad, de buen efecto; pero que esos efectos parlamentarios no se repiten, por lo cual le conviene mucho evitar el hallarse en situación análoga á la referida.

Dile que si anda derecho, no lo parece, y el país necesita creer que á lo ménos anda derecho el que lo rige.

Dile que sus amigos son peores que los de Benito; que sus amigos son los que en las provincias siembran la alarma con alardes indiscretos y con frases arriesgadas, que se repiten de boca en boca, azoran á los necios y disgustan de asco á los que no lo son.

Dile que si le hacen falta ayuntamientos y diputaciones exclusivamente unionistas, con pedradas, procesos, trampas, violencias y demás accidentes, ya tradicionales, en ese caso debe apresurarse á poner en manos de D. Antonio la cartera de Gobernación; porque si no se la da pronto, el ministro no tendrá tiempo para preparar, ni siquiera medianamente, el negocio electoral; pues ha de dar comienzo á su obra por los cimientos, quiero decir: inventando el partido que haya de ganar las elecciones.

Dile que los republicanos federales ya sabemos quién es el creador de las interminables patrañas que se echan á volar sobre nuestras conspiraciones y nuestros próximos levantamientos; dile que influya (que buena cuenta le tiene) en que cesen ya esos artificiosos medios de desacreditar á los partidarios de la república federal; convéncele de que el país ya no teme á los que conspiran, sino á los que conspiran para dejarle en la miseria, y debajo de un presupuesto que entre clérigos y soldados le abrumen con formidable peso.

Dile que mire lo que hace, y sobre todo que haga algo despues de mirarlo bien; que por el camino de la libertad le seguirán muchos y se aumentará su séquito cuanto más avance; pero que por la senda de la reacción no le acompañará nadie, pues no debe olvidar que los que frecuentan esa senda ya tienen sus jefes y no los truecan.

Házme este favor, *Gil Blas*, que no te será desagradado, y aun quisiera pedirte que te acercaras más y más al oído del jefe del gabinete, y fingiéndote muy enterado, y mirándole de hito en hito le dijeras en tono melodramático (que á él le gusta un poco): Sr. D. Juan: rey... no puede ser; pero todo lo demás es posible, si Vd. quiere.

Él te mirará sonriendo, sin que te dé á conocer si le han conmovido ó no tus palabras; jugará un

momento con los lentes, y con aquella prontitud de ingenio que le reconozco, te contestará...

Pero lo que te conteste no lo he de decir yo: tú me lo has de decir á mí cuando lo sepas.

Te ruego que no lo olvides y me lo trasmitas fielmente; te lo suplico por lo más caro, pues hace años que deseo saber lo que se les ocurre á ciertos hombres cuando les dicen: ménos rey, lo que Vd. quiera.

## RECUERDOS.

Cuando tras largos años de ausencia vuelvo á ver á uno de mis compañeros de primeras letras, involuntariamente me pongo á pensar en los primeros años de mi vida.

¡Cómo se agolpan á mi memoria los recuerdos de lo pasado! ¡Cómo se me sublevan á granel!

Entonces, cuando yo era muy niño, se respetaba aun á Fernando VII, «*que felizmente reina,*» segun decia el compendio de historia de España que leíamos en el colegio.

Fernando VII ya habia perjurado la Constitución, ya habia ahorcado al incauto Riego y fusilado á Torrijos y á centenares de liberales, y sin embargo, aun se le respetaba.

Entonces aun se hablaba con mucho respeto de la Inquisición, que poco despues habia de ser destruida, y se besaba respetuosamente la mano á los frailes, que poco despues habian de ser echados á sangre y fuego de entre nosotros. ¡Oh! ¡Aquello, aquello sí que era profundo respeto á lo existente!

«¿Por qué volveis á la memoria mía, tristes recuerdos...?»

¡Oh cuántos placeres perdidos desde entonces!

Si á mí me hubiesen dicho que un clérigo era susceptible de coger un trabuco, montar hombrunamente á caballo y sublevarse anualmente contra las leyes, ¡con qué inocente candor habria desmentido á quien tal cosa me dijera!

Hoy, perdida por mi desdicha la inocencia, en cada sublevación carlista veo curas, entreveo canónigos, sospecho obispos, y no se me ocurriría nada que replicar al que afirmara que un eclesiástico es la crisálida de un faccioso.

Entonces, con mi corazón de niño, yo amaba al rey.

El amor de mis compatriotas habia erigido al rey una estatua de bronce, estatua que yo admiraba, y que por el desamor de mis compatriotas fué despues derribada.

Creo recordar que la gente de la plebe le echó con una maroma un lazo al cuello, y la estatua cayó hecha pedazos.

¡Qué tristeza me dió aquel suceso!

Ignoraba yo, feliz ignorancia, que mi abuelo y mi padre hubiesen sido amenazados por causa del rey, y creo que si lo hubiese sabido les habria echado la culpa á ellos.

Despues...

Despues me cogió todavía niño la jura de la hija del rey Fernando.

Recuerdo que mi familia me dió unos reales para comprar su retrato, y yo, no ya con respeto, sino con infantil cariño, lo besé antes de llevarlo á mi casa.

¡Este recuerdo despierta en mí tantos otros!

¡Qué mundo, señor, qué mundo!

Cuando pienso que despues he sido procesado varias veces y además condenado por ultrajes á aquella ex-inocente niña, cuyo retrato habia besado yo con embeleso, ¡cómo me rio de mí!

Y cuando pienso que por esos ultrajes me condenaron los progresistas, que al cabo de trece años de camellos habian de arrojar del trono y del reino á la susodicha reina y á sus hijos y amigos!

Y pensar que en el día todo ha cambiado tanto!

¡Si uno pudiese recobrar la inocencia con la misma facilidad con que estudia un idioma!

¡Oh, si yo pudiera sentir y amar como en mis primeros años!...

¡Hablarle á mí entonces del Papa!

El Papa no era para mí un hombre que firmase sentencias de muerte, ni tuviese ministerio de la Guerra, ni estuviese amparado por un emperador, hechura de la plebe; nada de eso; el Papa era para mí una especie de sér delicado, que se tapaba los oídos si oía un disparo de escopeta de caza; incapaz de gastar un

...y él, erre que erre; riega que riega, sin desengañarse de que es un campo estéril y no puede dar fruto.



...y él, erre que erre; riega que riega, sin desengañarse de que es un campo estéril y no puede dar fruto.

.....y él, erre que erre; riega que riega, sin desengañarse de que es un campo estéril y no puede dar fruto.

cuarto en pólvora; que vivía de las sobras de los demás; que se habría desmayado si hubiese olido pólvora... ¡Qué sé yo las ideas que me inspiraba la inocencia!

no le amaré; sobre esto no me cabe duda; no le amaré, aunque solo fuese porque ya lo he dicho; pero me carga haber empezado a vivir amando a otros. Se me figura que no estoy bien limpio.



No he visto nada más absurdo que la sublevación carlista en las provincias Vascongadas. Y si no, ate Vd. cabos. Si las provincias Vascongadas se sublevaran diciendo: queremos un rey absoluto como Carlos VII, que mande absolutamente en nosotros, malo sería, pero se comprendería, porque hay gentes que merecen palos.

Luego se sublevaron para imponer a los españoles un rey que no ha de ser para ellos y una política que ellos rechazan. Para nosotros, la vergüenza de un rey absoluto; para ellos, sus fueros y sus libertades. ¡Hombre, bien! Lástima que todos los españoles que pagan contribución y dan soldados a la patria no se levanten a apoyar a los vascongados, que no dan ni lo uno ni lo otro.

Describiendo la inauguración de un Casino conservador en Cádiz, dice un diario de aquella localidad:

«Allí ha reinado la más completa fraternidad (*¿fraternidad? Diablos; esto me parece subversivo*) y un verdacero entusiasmo, que fué mayor, si cabe (*¿pues no ha de haber?*), cuando después de terminado el acto se sirvió á los concurrentes un elegante *buffet* (*¿todo lo comprendo!*)»

Y continúa el periódico gaditano:

«Los hombres de nuestras opiniones han dado anoche una gran prueba de su decisión entusiasta en favor de los principios conservadores.»

Y de los *buffets*, debía haber añadido.

Vamos, la prueba habrá sido grande, pero no me parece dura.

✱

Mac-Mahon está encerrado en Sedan.

Bazaine en Metz.

Bueno; pues

«Cantad en vuestras jaulas, criaturas.»

✱

Dicen los periódicos que el gobierno francés, por inspiración de la emperatriz Eugenia, ha protegido la entrada de los carlistas en España.

¡Ah, mal aconsejada Eugenia!

¡Ah, reaccionaria joven!

¿No sabes que tu porvenir es la quinta de Carabanchel?

Pues entonces, ¿á qué nos traes la guerra civil al país que debe ser tu refugio?

Por algo decía Shakespear:

*La mujer es pérdida como la ola.*

✱

—El domingo será la primera corrida...

—¡Quiá! La primera corrida tuvo lugar hace ocho días.

—¿Cuando le digo á Vd. que acabo de leer el cartel!

—¿Pues de qué corrida habla Vd.?

—¡Hombre, de la de toros!

—Es que yo hablaba de los carlistas.

✱

Observo que mientras en Francia me ahorcan á un cura por la más leve sospecha de prusianismo, aquí vemos á los curas capitaneando carlistas, y nadie los ahorca.

Aquí está Zarauz.

En Zarauz hay un convento de franciscanos.

A ese convento han ido los mozos sublevados á comulgar y á recibir consejos para la rebelión. Allí está el foco.

¿Y qué?

Aquí están todavía los franciscanos de Zarauz tan sanos y tan gordos.

¡Dios eterno, ni siquiera les han dado un apabullo!

✱

El médico D. Francisco Ossorio y Bernard ha escrito un libro titulado *La Partera*.

Como su título indica es una colección de preceptos á los profanos para prestar auxilio de cierta índole en caso de apuro.

Pues mire Vd.; parece que no, y el tal libro puede ser una necesidad en muchas ocasiones.

¡Vaya si puede serlo!

✱

Según noticias que encuentro en los periódicos, con uno de los curas que mandaban las partidas carlistas, iba un sugeto *chiquitín y gordito*, que ejercía sobre él mucha influencia.

—¿Quién sería ese sugeto gordito y chiquitín?

—Ya lo sé: *el ama*.

✱

Dice un diario de noticias:

«Asegúrase en París que la princesa Clotilde está en Morcalieri.»

Bien, ¿y qué?

✱

Gambetta había solicitado defender el fuerte de *Bicetre*.

*Diez mil obreros se asociaban á su pensamiento.*

El gobierno francés ha negado su aprobación.

Me parece bien hecho; así como así la cosa ya no puede defenderse.

✱

Dice un periódico de París que, á pesar de haber expulsado más de veinte mil vagos, queda todavía mucha canalla.

¡Diantre, amigo mio, mucha canalla había en la capital del imperio!

✱

En una correspondencia de Francia se asegura que *si Dios no hace un milagro* para impedir el sitio de París, la estancia allí será tan difícil como peligrosa.

Entonces, de Dios nos venga el remedio.

✱

He oído asegurar que el Consejo de Estado reanudará sus tareas...

¡Ah! ¿Puede ser? Pero ¿es que hace algo, en efecto, el Consejo de Estado?

✱

¡Ajá! Ya he leído que Montpensier da algún dinerillo para los pobres.

Ya sabía yo que al fin y al cabo seguiría mis prescripciones.

¡Bien, señor duque, bien. Siga V. A. por ahí. Ahora adopte V. A. al huérfano de cajón y aproveche la primera coyuntura para prestar su coche á los que lleven el Viático; en seguida haga aquello de visitar una elevada buhardilla y dejar una onza de oro para un enfermo.

Allí está la prensa benévola para hacer aspavientos ante la novedad del caso y enaltecer los sentimientos piadosos, la filantropía, etc.

Ello cuesta algún dinerillo; pero ¡qué diantre! Si la cosa sale bien, ¿es moco de pavo la lista civil que después se cobra?

Animo y á ello, señor duque; más vivito, más vivito, que el tiempo pasa y hay que aprovecharlo. Ya descansará V. A. en el sío de su cuñada: ahora, á trabajar.

✱

*El Tiempo* cree que si el conde de Cheste ha prestado juramento á la Constitución lo habrá hecho con ciertas salvedades.

Ó le conoce mucho, ó le ha conocido.

✱

Leo en un periódico:

«Los prusianos están muy desalentados.»

«Los parisenses están muy tranquilos.»

¿Qué sé yo?... Me gusta más el milagro de la multiplicación de los panes.

✱

Escribe un corresponsal de *Le Temps* que al salir de Rethel iba pensativo el príncipe imperial.

¿No sabe todavía el príncipe que en las guerras con los niños no va nada?

¿Pues qué diantre le habrán enseñado?

✱

¡Cuerno sacerdotal!

¡Nada menos que dos revólvers, trabuco y sable llevaba el buen pastor de almas jefe de una partida carlista de Vizcaya!

¡Infeliz! ¡Y aun así no logró persuadir á la tropa de que Jesús murió en el Calvario por salvar el presupuesto del clero!

Parece imposible.

✱

El gobierno turco ha pedido nada menos que cien ametralladoras á Viena.

No hay duda: la falta de predicaciones evangélicas inspira á los turcos pensamientos inhumanos.

✱

En Baviera se ha concedido amnistía á *todas* las personas condenadas por ofensas hechas al rey y á la real familia.

Lo cual me hace presumir que son muchos los bávaros que no aman á la casa reinante.

De modo que en pocos años, Orleans echados de Francia, Borbones echados de Italia y España, Maximiliano fusilado en Méjico, Pio IX odiado en Roma, Bonaparte despreciado en Francia...

Pues, señor, es un balance regularcillo.

✱

Preso Mazzini, parece que Palermo es ya una balsa de aceite.

Ha sido menester arrestar, sin embargo, á varios amigos del célebre agitador.

No por miedo, eso no; por precaución únicamente.

✱

Dice un diario de noticias, que «anteanoche, y con motivo de celebrarse la *fiéra de Alcalá*, se presentó en el camino de Torres una partida de ladrones.»

Famoso modo de celebrar la *fiéra*.

✱

Mucho ojo:

«Un importante personaje español ha llegado á Lisboa, y se sabe que ha tenido una conferencia nocturna en el camino de Cintra con otro importante personaje portugués.»

¡Con que personajes! ¡y de importancia! ¡y conferencia nocturna! ¡y en un camino!

¡Hola, hola!

✱

Hablando *La Correspondencia de España* de unas señoras amigas suyas, dice:

«Sin embargo, las señoras á que nos referimos se contentan con que se abra la casa de fieras los domingos por la mañana.»

Pues son muy fáciles de contentar esas señoras.

La pretensión no puede ser más sencilla, pero conveengamos en que tampoco puede ser más rara.

En fin, ábrase la casa de fieras; contentemos á esas señoras, que por tan poca cosa no hemos de quedar mal, y después húndase el mundo: al menos ellas estarán contentas, y algo es algo.

✱

¡Oh gozo! ¡Parece que es un canónigo el jefe de los facciosos de Peñacerrada!

¡Aun abrigo la esperanza de ver un obispo ó dos en campaña!

¡Un obispo, Dios mio; concededme la gracia de que se subleve un obispo, y acaso bendeciré eternamente á aquel en cuyo nombre se quemaba á mis antepasados!

✱

En *La Correspondencia de España* leo:

«Se han hecho en París 1.000 prisiones, la mayor parte de *republicanos* y de *periodistas sentenciados*.»

Y poco después tropiezo en el mismo diario con el siguiente trabucazo:

«El 25, 26 y 27 se han hecho numerosas prisiones, en su mayor parte de *gente perdida*.»

Estimándolo, prenda.

✱

Para muestra basta un botón.

En el número de hoy verán nuestros lectores el anuncio de la fundición del Sr. D. Antonio Lopez.

*Advertencia.* De esa fundición es la letra con que se imprime *Gil Blas*.

¿He dicho algo?

✱

Pero, señor, la gente que haya leído *El cura de aldea*, de mi amigo Escrich, y se encuentre ahora en tantas aldeas á tantos bandidos diciendo misa, ¿qué concepto formará de la literatura moderna?

¡Oh, me pierdo en conjeturas!

Solucion á la Charada del número anterior: *Sila*.

INDUSTRIA ESPAÑOLA.

**FUNDICION TIPOGRÁFICA**

DE

**ANTONIO LOPEZ.**

Casa en Madrid: calle de Serrano, 14.  
Casa en Barcelona: calle de Sadurn, 13.

Esta antigua y acreditada Fundición tipográfica barcelonesa acaba de establecer una sucursal en Madrid con objeto de poder servir con mas prontitud los pedidos que de Madrid y provincias cercanas viene recibiendo con aumento notable. La máquina de fundir, perfeccionada por el Sr. Lopez, y la máquina de romper y pasar (novedad) arreglada tambien por dicho señor, hacen que los productos de esta casa sean muy superiores á los franceses y que nada tengan que envidiar á los ingleses. Toda la maquinaria que posee esta casa ha sido construida en España y por españoles. Las personas que gusten honrarnos con su confianza pueden informarse de los señores impresores de Madrid, que nos han comprado fundiciones para convencerse de la excelencia de los productos de esta casa. Creemos no se puede dar al público mejor garantía. Hé aquí ahora los nombres de dichos señores impresores: Sres. Gaspar y Roig, D. Miguel Guizarro, D. Tomás Fortanet, D. Roque Labajos, D. Ramon Vicente, D. Manuel Minuesa, D. Pascual Gracia y Orga, D. José Cruzado, D. Anastasio Moreno, el Depósito de la Guerra, *La Epoca*, *El Imparcial*, *Las Novedades*, *La Regeneración*.

CHOCOLATES SUPERIORES

DE LA

**COMPANIA ESPAÑOLA**

GRAN FABRICA MOVIDA AL VAPOR

**MADRID.**

PASEO DE ARENEROS, 8.—BARRIO DE POZAS.

El establecimiento industrial de la COMPANIA ESPAÑOLA reúne de una manera excepcional todas las condiciones que constituyen una FABRICA-MODELO: gran desahogo en sus espaciosos y ventilados talleres, limpieza esmeradísima en todas sus dependencias y una completa perfección en los aparatos que elaboran el chocolate, tales son las circunstancias que más resaltan en la fábrica de la ESPAÑOLA. Sus productos son bien conocidos del público, y la mejor prueba del favor con que los distingue es el desarrollo siempre creciente de su industria. Por esta razón y con el fin de atender desahogadamente al consumo de su numerosa clientela, acaba de montar en su establecimiento UNA NUEVA MAQUINA DE VAPOR DE LA FUERZA DE 30 CABALLOS. La fábrica puede visitarse libremente.

MADRID: 1870.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.